

UNA BIBLIOTECA CUBANA

(Por JOSE Ma. CHACON Y CALVO)

Se ha dicho muchas veces que el siglo de oro de nuestra cultura es el XIX. Homero Seris de la Torre, el antiguo alumno eminente de la Universidad de la Habana, que fué después uno de los más eficaces colaboradores del Centro de Estudios Históricas (Madrid) y es hoy profesor de la Universidad de Siracusa, en los Estados Unidos, ha sustentado la tesis de que en la Historia de la Literatura Española hay un nuevo siglo de oro, además del que aparece en todos los tratados: el expresado siglo XIX. No parece haber ganado por completo el favor de la crítica la susodicha opinión, aunque es muy respetable a todas luces. Pero es indudable, en cambio, la que considera la centuria pasada como la edad en la que alcanza su mayor auge la cultura cubana, en sus más varios y diversos aspectos.

Noches pasadas, en medio del agobio estival, tuve, junto a unos queridos amigos, la absoluta evidencia de esta verdad. Fué un nuevo e impresionante testimonio. Las hondas impresiones de aquellas horas inolvidables procuraré reflejarlas con la mayor sencillez posible.

El doctor Mario Sánchez Roig, médico muy distinguido, miembro de número de la Academia de Ciencias, la decana de nuestras academias nacionales, nos había invitado a visitar su magnífica biblioteca, especialmente dedicada a Cuba y riquísima en obras del más vario linaje. El doctor Sánchez Roig, autor de muy valiosas monografías (en el Ateneo le oí, hace años, su magistral disertación sobre Tranquillino Sandalio de Noña y su lección sobre Galeno y la medicina de su época, en el curso de Historia de la Medicina que se dió en esa sociedad) se ha especializado en las Ciencias Naturales. Pero no es la suya una biblioteca de especialidad científica, aunque estas disciplinas estén admirablemente representadas en la espléndida colección. Se trata de una biblioteca de carácter enciclopédico, respondiendo al carácter distintivo de nuestra cultura en la última centuria. Si el estudioso de las Ciencias Naturales en Cuba siente renovarse su devoción por maestros como Don Felipe Poej, ante los manuscritos del insigne autor de la Ictiología Cubana (la obra monumental que aún permanece inédita), el apasionado de nuestra poesía sentirá

una vívida emoción frente a las ediciones príncipes de las grandes figuras de nuestro parnaso y de aquellas otras que viven en una suave penumbra, que se parece tanto a la triste región del olvido.

La biblioteca está en una vieja casa, una típica casona colonial, confortable y acogedora, del Cerro. Un patio con grandes arecas y con fragantes enredaderas — el galán de noche estaba en todo su esplendor —, convidaba al visitante a la silenciosa meditación. Sentía frente a estos libros como si me hablase una profunda voz de nuestra historia. Afirmaba una suma de derechos: el derecho a nuestra libertad, el derecho de la propia soberanía, el derecho a las libres determinaciones.

Son más de veinte mil impresos los que forman la gran biblioteca cubana del doctor Sánchez Roig. La conservación de los mismos es perfecta. ¿Cómo ha podido vencerse la serie de peligros que ofrecen para los libros la humedad de nuestro clima y nuestro larguísimo verano? Todos los libros lucen flamantes. Sus páginas aparecen nítidas, lucientes. Son obras que se han manejado, en su mayor parte, muchas veces. Son eficaces instrumentos de trabajo, signos claros de una cultura viva. No son la mera curiosidad, la extraordinaria rareza, la sorprendente pieza del museo. Son los amigos inseparables, íntimos de un maestro de la cultura. Por eso llegan a nosotros cargados de vida, de fuerza creadora.

Yo no quisiera hacer aquí estadísticas de ninguna clase. Sin embargo, es indispensable dar algunos números. Las colecciones de periódicos cubanos representan seiscientos setenta volúmenes. Hay aquí periódicos que no se encuentran en ninguna otra parte. Los manuscritos encuadernados suman cuarenta volúmenes. Hay además cincuenta legajos de documentos de la más varia naturaleza. En este verdadero tesoro hay memorias y anotaciones de Don Felipe Poej, cartas de Don Domingo del Monte, papeles autógrafos de Don José Antonio Saco...

Una de las partes más valiosas de la gran biblioteca es la de la cartografía cubana y los grabados antiguos. El número de estos últimos es de cuatrocientos sesenta y cinco. El fondo principal de la biblioteca del doctor Sánchez Roig, lo constituye la colección de Don Elías de Zúñiga, el muy distingui-



do bibliófilo cubano. Don Carlos M. Trelles, el insigne maestro de nuestra erudición en su *Ensayo de una bibliografía cubana*, la obra que inicia su vastísima tarea investigadora, ha señalado la importancia de la célebre biblioteca de Don Elías de Zúñiga con estas palabras: «los rarísimos opúsculos habaneros, descritos por mí en esta obra, los he hallado en la espléndida biblioteca cubana del licenciado don Elías de Zúñiga, que galantemente me permitió consultarlos». Zúñiga inicia su colección con la adquisición de la biblioteca de don Hilario Cisneros y Saco, próximo deudo de don José Antonio Saco, el gran estadista e historiador. Esta razón explica la riqueza en primeras ediciones, en opúsculos raros, en papeles peregrinos del polígrafo bayamés.

No son solamente libros cubanos, de valor extraordinario, los que forman la biblioteca de Sánchez Roig. Hay toda una sección nutridísima dedicada a libros relativos al Descubrimiento, que sólo de una manera indirecta podemos considerar como fondos cubanos. Hay aquí verdaderas joyas de la bibliografía colombiana: así un ejemplar de la primera edición de las *Décadas* de Pedro Mártir de Angleria, el humanista italiano que presenció en 1493 el triunfal recibimiento de Colón en Barcelona, al retorno de su hazaña portentosa. El ejemplar de Pedro Mártir, el humanista en quien ve Menéndez y Pelayo «uno de los más antiguos casos del periodismo noticiero», está admirablemente conservado.

¿Se perderá este tesoro espiritual para Cuba? El ilustre erudito ha recibido muy importantes ofertas de los Estados Unidos para su adquisición. Recientemente Félix Lizaso, el ilustre escritor, ha dado la voz de alarma en un bello artículo en su sección de «El Mundo». El doctor Sánchez Roig, desea fervorosamente que su biblioteca, parte esencial de su vida, se quede en Cuba. Que siga siendo un gran instrumento de trabajo para nuestros estudiosos. El Patronato de la Biblioteca Nacional estudia ya el asunto. Tengamos una profunda fe en que un organismo, que preside con singular eficacia nuestro insigne historiador Emeterio S. Santovenia, encontrará el medio adecuado de conservar para Cuba la prodigiosa colección de libros cubanos del doctor Mario Sánchez Roig.

Cuando noches pasadas me despedía del ilustre investigador recordé haber visto una de las más raras monografías de Reynoso, el famoso autor del *Ensayo sobre la caña de azúcar*. Era su tesis doctoral sobre el éter, sustentada ante la Facultad de Ciencias de la

Universidad de París, el 8 de Septiembre de 1856. El tribunal lo presidía M. Dumas, el gran químico. La tesis fué impresa por la Facultad de Ciencias. Un año antes la Academia de Ciencias de París había discutido en una de sus sesiones públicas la Memoria de Reynoso, sobre el envenenamiento por el curare. Consideró la Academia que en el trabajo de nuestro compatriota había un valor científico de primer orden. Quien triunfaba así, en círculos de universal jerarquía era un humilde cubano, un campesino hasta muy pocos años antes. Al poco tiempo el Gobierno español creaba para el joven sabio, en la Universidad Central, la cátedra de Química Orgánica. Reynoso tiene ante sí un camino de gloria. Pero siente la voz de la tierra natal. Deja el camino de los honores y de los grandes triunfos. Viene a vivir a Cuba, su patria. Aquí el Gobierno colonial acaba de crear, especialmente para él, la Dirección de Agricultura. ¡Qué satisfacción íntima siente el investigador al trabajar en sus especiales disciplinas, en cosas de su propia tierra! Presenta a la patria Don Alvaro Reynoso servicios insignes. Los ha avalorado Don José Isaac Corral en una reveladora conferencia sobre el gran hombre, en la serie de disertaciones «Figuras Cubanas de la Investigación Científica» desenvuelta en el Ateneo de la Habana en 1941. Y al cabo de los años, encuentra el autor del *Ensayo sobre la caña de azúcar*, el desamparo, el olvido, la más absoluta pobreza. Esa ha sido la recompensa de la patria. Pero las generaciones cubanas que se suceden han de considerar siempre al autor que mereció el aplauso del Instituto de Francia, que vió discutidas sus Memorias por asambleas en donde figuraban maestros de la significación de un Claudio Bernard, como uno de los auténticos creadores de la conciencia de la patria.

Me afirmaba en esta certidumbre al abandonar la biblioteca maravillosa. Disfrutamos allí de unas horas que parecían largas jornadas de trabajo. El investigador ilustre y su distinguida esposa nos habían hecho sentir la más delicada hospitalidad. Y todos los amigos, Lizaso, que había visto un ejemplar de la primera edición del *Ismaelillo*, con un autógrafo del maestro Fernández de Castro, que buscaba afanoso nuevos datos de Don Domingo del Monte, Gay-Calbó, que había podido completar en esa noche sus pesquisas sobre el economista Vilanova; Mario Cabrera, que pensaba en su estudio sobre Casal, y quien evoca estos recuerdos, al decir adiós a esa feliz morada de trabajo y paz, sentían una fe renovada y profunda en los destinos de la patria.

AM, Sep 6/45

